

A la luz de una linterna los autodidactas...

Manuel R. Montes

Leo, estirando su cuello perruno, anunció : «Ya vienen». Volvió a esconderse detrás del arbusto y encendió una pequeña linterna de baterías, parecida a las que usan los médicos para examinar las gargantas de sus pacientes. La apagó inmediatamente después, guardándosela en el bolsillo. «¿Tienes miedo?», preguntó, disimulando apenas el siseo que caracterizaba sus enunciaciones, por lo general ambiguas, por lo general salaces. «No», le respondió el otro, hincado sobre la tierra y observando lo que ocurría más allá del forro vegetal que lo ocultaba. «Vienen a verte –advirtió Leo–, y no tardarán en descubrirnos». Un grupo de niños se desplazaba lentamente bajo el inusual tono ocre de la luna y la luz cética que el alumbrado público derramaba sobre el asfalto. En silencio, la comitiva se aproximaba sin prisa, envuelta en las exhalaciones de aliento que atravesaban la penumbra y calcaban la atmósfera con el intenso frío de la noche invernal. «¿Qué tan lejos están?» «No muy lejos... no mucho», contestó Leo, poniéndose de pie. «¿Qué haces?», replicó el otro, aterido. El grupo, entretanto, había apretado el paso al columbrar la inconfundible silueta : eran el gesto canino y el torso membrudo, sobresaliendo del arbusto.

La silueta comenzó a agitarse en el espasmo de una carcajada. «Los cofrades te saludamos, Leo». «¿Qué haces?», insistía el otro, de cuclillas, enrojeciendo al percibir el ruido sofocado y cada vez más nítido de varias pisadas acercándose. «Han llegado... Nos encontramos», musitó Leo, mesándole los cabellos cariñosamente y extrayendo la linterna de su bolsillo. «¿Funciona?» Era un niño gigantesco, de cara idiota, el que hacía la pregunta. «Claro que funciona». El otro sintió que unas manazas tibias lo levantaban por los hombros. Leo encendió la linterna de baterías mientras observaba el minúsculo aparato con estupefacción. El viento se intensificó a tal grado que el grupo comenzó a discutir la posibilidad de realizar lo acordado en otro sitio. «Podemos hacerlo en la casa abandonada», sugirió un rapaz con joroba, muy blanco y de ojos azules, abriéndose paso entre la pandilla. Un movimiento afirmativo de cabezas decretó la unanimidad. «Vamos», ordenó Leo, alargando tanto la «s» que ésta pareció alejarse montada sobre el hálito blanquecino que salía de su boca.

«¿A la casa abandonada?», preguntó el otro, apenas perceptiblemente. Los demás lo miraron con indiferencia.

Manuel R. Montes

(Zacatecas, Zacatecas, 1981). Licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Director de la revista *La cabeza del moro* del Instituto Zacatecano de Cultura. Autor de *El decaedro y otros relatos*.

lacabezadelmoro@mail.zacatecas.gob.mx

«Pobre», oyó que le dijeron, aunque al volverse no vio más que una hilera difusa de rostros evaporándose. Leo comenzó a silbar. Se separó de la cuadrilla en un par de zancadas y se agachó, equilibrando el peso de su cuerpo arácnido en la mano derecha, apalancada en la banqueta. «Yo lo llevo», dijo guiñándole un ojo al otro, que de inmediato fue soltado por el niño idiota y subió con rapidez a la acera. «¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Leo?», pero éste ya lo había tomado por los talones, y el otro no hizo más que dejarse llevar, trepando por la dura espalda del líder y encaramándose sobre sus hombros. El grupo permanecía inmóvil debajo de un poste de luz. «Entonces, a la casa abandonada, ¿eh?» Se trataba esta vez de un infante esmirriado que hablaba poco y se expresaba en voz baja debido al temor que le provocaban, más que a nadie, las trapacerías de Leo, quien ya iba en camino, con el otro a cuestas. El triángulo ambarino que se precipitaba desde la cima del poste restauró su solitaria geometría, y las figuras irregulares que momentos antes arruinaran la concatenación de sus aristas se habían esfumado ya.

A un costado del terreno baldío, donde Leo y el otro habían estado escondidos durante casi una hora, se levantaba la mole, inacabada, menos antigua de lo que parecía e imponente en su mutismo de presagio. Era la casa abandonada : dos pisos apenas adivinados por la presencia de una terraza irregular, sin barandales, que semejaba un escalpelo suspendido en la fase intermedia de una tosca incisión, y un frontispicio allanado por la furia de la intemperie, en cuyo centro, como un hocico predador, el marco vacío de la puerta principal defendía el paso de los intrusos valiéndose de cables, alambres y varillas retorcidas que, como hierbas metálicas disecadas por el óxido, habían

sucumbido al fracaso del levantamiento. Detrás de aquel rectángulo y sus incontables puntas afiladas, no había nada excepto un insondable hoyo negro. Atravesar el lóbrego pasaje significaba un desplante de heroísmo que nadie, ni siquiera Leo, era capaz de emprender. La planta alta, techada a medias, y la escalera en espiral, por la que subían y bajaban los del grupo siempre y cuando no hubiese algún vecino que los espicara, se imprimían en la mente del otro como una imagen que delataba la cercanía de una experiencia incomprensible. «¿De verdad, no tienes miedo?», insistió Leo, cuya lengua de cascabel vibraba continuamente, blandiendo el aire, para luego volver a incubarse dentro, ayudada por grotescas contracciones estimuladas por un tic nervioso que pocos se habían atrevido a tomar como un defecto propenso a la burla. «Sí, mucho», contestó el otro, observando la casa fijamente y sintiendo la humedad que comenzaba a escurrir por la sudorosa espalda de Leo, que volvió a agacharse, esta vez con la intención de que el otro desmontara. «¡Viene carro!», avisó un crío de rasgos insípidos y mirada aviesa que llevaba puesto un gorro de estambre que le cubría casi por completo los ojos. El grupo se fragmentó. Los niños subieron a la banqueta. «Es mi padre», pensó el otro, reconociendo el automóvil que descendía a poca velocidad por la cuesta pavimentada. Una sensación de alivio relajó sus músculos tensos y quiso moverse, pero Leo le sujetó con fuerza el antebrazo. «No lo harás», farfulló, al momento en que los faros delanteros descubrían, uno a uno, los rostros incipientes, que sonrieron, expuestos como estaban a la claridad de los reflectores. El hombre que iba al volante reconoció a su hijo, entrecerró los párpados y detuvo el auto, bajando la ventanilla de la puerta del copiloto. Allí estaba él, flanqueado por un niño obeso

que sonreía y por otro muy desarrollado y horrible que le palmeaba la nuca. El hombre pareció repentinamente disgustado. El otro estuvo a punto de decirle : «Papá, ayúdame», pero el conductor apresuró un grito imperativo : «Sube a la casa y abrigate, ¿no te das cuenta del frío que hace?» Leo presionó sobre un punto estratégico del hombro, el otro disimuló el intenso dolor que le produjeron aquellos dedos huesudos y se limitó a conceder, obediente : «Sí papá». La ventanilla volvió a subir y el auto abandonó su peso a la inclinación de la pendiente, hasta perderse calle abajo. El grupo volvió a reunirse en medio de la carretera vacía. «Ya no hay peligro. Entre-mos», ordenó Leo. La comitiva se movilizó. «¿Todavía funciona?», preguntó de nueva cuenta el niño idiota, incapaz de contener su asombro al observar que Leo encendía la más reciente de sus adquisiciones, apuntando con su lánguida flecha luminosa hacia la oscuridad, custodiada por el marco de la puerta y sus tentáculos punzantes.

En fila india, los quince miembros de la pandilla ascendieron por la escalera en espiral, guiados por la débil circunferencia proyectada por la linterna de baterías, empuñada por Leo, que iba al frente, seguido por el otro, que percibía, detrás de él, los jadeos de los demás, cuyas furtivas conversaciones giraban en torno a lo que ocurriría. De cuando en cuando, el sonido de las risas contenidas se estrellaba contra las paredes avejentadas de la casa, y todos callaban esperando a que el eco se consumiera en los quicios del amplísimo cascajo. El otro observa-



A. van der Horst.

ba, anonadado, la franja de aliento que salía de la boca de Leo y adquiría un matiz amarillento al mezclarse con la irradiación de la linterna. Cuando hubo pisado el último escalón, Leo se volvió, tomando al otro por los hombros, como un padre que atrae a su hijo para posar frente a la cámara fotográfica, y apuntó la linterna hacia la apretada formación que subía por la escalera y que detuvo sus pasos al momento en que Leo se plantó frente a los congregados, iluminándoles directo a la cara luego de iluminarse a sí mismo debajo del mentón en un intento de simular una pose fantasmagórica. El viento se colaba entre las hendiduras de la casona, produciendo un silbido parecido al de Leo cuando reptaba.

Un golpe seco, semejante a un latigazo y que se intensificaba a la par que el viento, paralizó la maniobra. Las caras momentáneamente petrificadas se buscaron entre la penumbra. ¿Qué clase de ruido era? ¿De dónde provenía? Leo partió la oscuridad blandiendo la linterna hasta que mostró el origen del ruido : dos gruesos cables de electricidad, sacudidos por la corriente de aire, se flagelaban con alternada paciencia. «No hay por qué preocuparse», notificó Leo con un dejo de suficiencia. Detrás de él había un cuarto de reducidas proporciones que podría haber sido construido con la finalidad de instalar un medio baño. Dicha pieza carecía de techo, al igual que gran parte de las construidas en el segundo piso, aunque tenía una puerta de madera muy deteriorada, que presentaba un hueco circular en donde se supone debía estar la chapa, de manera que era muy fácil abrirla para acceder al interior. Leo

metió la mano por dicho agujero. El otro le clavó una mirada suplicante que nadie pudo ver. Se oyó un ruido de automóvil. «Es mi papá, que regresa», conjeturó el otro, reconociendo las propiedades acústicas de aquel vehículo que, en efecto, era el de su padre. «Papá, ayúdame». Su petición de auxilio era ya un balbuceo, un gemido interior sin resonancia. Las piernas le temblaron. «Vamos a ver quién primero», dispuso Leo. El frío aumentaba, los labios se resecan, las pieles imberbes se partían. «Por favor, yo nunca lo he visto». El que apelaba era un pequeño de rasgos africanos, con el cabello rizado y los ojos negros. Todos callaron mientras Leo valoraba la propuesta. «Está bien», accedió, y tomó al otro por los hombros, arrastrándolo hacia el interior del medio baño inconcluso. El niño africano se adelantó por la escalera. Iba muy atrás en la fila, de manera que al subir tuvo que soportar los comentarios e insultos que le dirigían los demás por lo bajo. El chasquido del látigo volvió a hendir el silencio de la noche, aunque nadie reparó ya en su empeño punitivo. Leo esperó a que el chico africano entrara, empujando al otro al interior, para después encerrarse con ambos. «Nadie diga ni haga nada hasta que salgamos». Por debajo de la puerta y a través del orificio de la chapa un tenue rayo de luz iba y venía en varias direcciones. Aclarando su dicción de ofidio, Leo repitió al menos tres veces : «¡Bájatelos!» Los demás seguían atentamente las oscilaciones del diminuto resplandor sin moverse un ápice. Había que soportar la helada y esperar turno, si es que el líder estaba dispuesto a concederlo. 🗨